

Iglesia renovada

Que la Iglesia se asemeje cada vez más a la "nueva Jerusalén" (cf. Ap. 21, 10-23), que desciende del cielo, adornada como esposa para su esposo.

Hacer que la Iglesia sea una comunidad renovada por el soplo del Espíritu, que la anima y hace nuevas todas las cosas; una comunidad enriquecida de múltiples carismas y ministerios, que la mantiene viva y dinámica; una comunidad abierta y acogedora, sobre todo en relación con los pobres, a los que es enviada y entre los cuales se hace creíble y luminosa; una comunidad que vive la pasión por la vida, la libertad, la justicia, la paz, la solidaridad, valores a los que hoy es particularmente sensible la humanidad; una comunidad que es fermento de esperanza para una sociedad digna del hombre y para una cultura rica de referencias éticas y espirituales.

Hacer que sea cada vez más una iglesia joven, en la que los jóvenes se encuentran en casa, como en familia.

La nueva Jerusalén "es una imagen que habla de una realidad escatológica, es decir, que se refiere a las cosas últimas que van más allá de lo que el hombre puede lograr con sus fuerzas.

Esta Jerusalén celestial es un don de Dios reservado para el final de los tiempos.

Pero no es una utopía.

Es una realidad que puede comenzar a estar presente desde ahora...

En todo lugar en el que se trata de decir palabras y de hacer gestos de paz y de reconciliación, aun provisionales, en toda forma de convivencia humana que corresponda a los valores presentes en el Evangelio, hay una novedad, desde hoy, que da razones de esperanzas"

GAMBA

Dimensiones fundamentales de la Iglesia

Rejuvenecer la Iglesia quiere decir hacerla volver a sus orígenes y a su juventud;

como las Iglesias de los Hechos de los Apóstoles, de las Cartas de Pablo y del Apocalipsis, ella vive de la fuerza de la Pascua y de la potencia de Pentecostés, realiza la verdad de Cristo y la libertad del Espíritu, se acuerda "del amor de antes" (cf Os 2,9).

Una Iglesia que vuelve a sus raíces apostólicas es valiente en la martiría, es decir, en el testimonio del Señor Jesús y de su Evangelio, llegando hasta la entrega de la vida.

Está caracterizada por la euangelia, o sea, por la comunicación del Evangelio a todos; existe para evangelizar, como afirma explícitamente la "*Evangelii Nuntiandi*", el documento más importante sobre la evangelización, que Pablo VI promulgó diez años después de la conclusión del Concilio.

Es convocada por la *leitourgia*, puesto que la salvación no es una conquista que alcanzar, sino una realidad que celebrar con reconocimiento y que se debe hacer presente y eficaz en todo tiempo y en todo lugar.

Está empeñada en la *diakonia*, de la que la "*Gaudium et Spes*" ha trazado de manera clara el significado: la Iglesia no es señora, sino sierva del mundo.

Casa para los jóvenes

Rejuvenecer la Iglesia es hacer que sea casa para los jóvenes.

La Iglesia será joven si están en ella los jóvenes, sobre todo ahora que crece la desafección, al menos en algunas partes del mundo, precisamente por el rostro visible de la Iglesia.

Por consiguiente, es necesario individuar un camino misionológico y pedagógico para guiar a los jóvenes a la Iglesia y hacerlos ser Iglesia.

En este punto vuelve a ser iluminante el icono de los discípulos de Emaús, que nos ayuda a entender la Iglesia como madre y maestra, que se hace compañera de camino de todos los hombres y mujeres que buscan el sentido de la vida, les abre a la revelación de Dios en la Escritura, ilumina su mente y calienta su corazón, ofrece la comunión del Cuerpo de Cristo, hasta hacerlos ser comunidad.



BSCAM

Se trata de hacer de la Iglesia la casa de cuantos creen en Cristo resucitado y quieren testimoniar la fe en Él..

Iglesia, Cristo, Espíritu

“La estructura de la Iglesia se apoya en dos fundamentos igualmente esenciales: Cristo y el Espíritu Santo.

Cristo es su origen, fin y límite; el Espíritu es la luz que hace resplandecer a Cristo a sus ojos y la fuerza que la conduce por medio de Él al Padre.

Sin Cristo la Iglesia no sería lo que es; sin el Espíritu, no *sabría* lo que es”.

Cristo es el fundamento de la Iglesia; el Espíritu es memoria de Cristo y conciencia de la Iglesia.

El Espíritu realiza una triple función eclesial:

Él es el *consolador* durante el tiempo de la ausencia física de Jesús, alimentando la espera de la Iglesia que, como esposa, espera la vuelta de su esposo;

Él es el *abogado* en nuestra lucha contra el pecado personal y social;

Él es el *maestro* que nos recuerda las palabras de Cristo y nos revela Su persona.

La vitalidad de la Iglesia es proporcional a la fidelidad con que ella misma escucha y sigue la voz del Espíritu.

Éste, habitando en ella, la conduce incesantemente a Cristo, para que, encontrándose a sí misma en Él, se renueve mediante la contemplación amorosa de Su persona, la meditación atenta de Sus palabras, la actuación audaz de Su mensaje.

El espíritu sigue plasmando la Iglesia, conformándola a Cristo; y la Iglesia se realiza tomando

conciencia de estar cimentada sobre Cristo.

La primera característica de la conciencia de la Iglesia es, por lo tanto, la de ser misterio, en cuanto tiene a Dios mismo como contenido constitutivo y órgano vivificante.

A lo largo de los siglos, la Iglesia tratará de sumergirse cada vez más profundamente en esta su realidad constitutiva, sabiendo que no podrá nunca agotarla, aunque se sienta cada vez más atraída a ella.

***Sin Cristo la Iglesia no sería lo que es;
sin el Espíritu, no sabría lo que es”.***

Iglesia, luz de los pueblos, misterio y sacramento de salvación

La Iglesia está llamada a reflejar el esplendor de Cristo, que es la "luz de los pueblos", para iluminar a la humanidad,

que, por una parte, está cegada por el resplandor de las propias conquistas científicas y tecnológicas y del propio poder económico, hasta el punto de pensar que puede y debe prescindir de Dios;

y que, por otra, está envuelta en las tinieblas de la pobreza, de los conflictos sociales, raciales, interétnicos, y del relativismo y el confucionismo moral.

La Iglesia tiene una función imprescindible que ejercer hoy, aunque en condiciones cambiadas; ya no se encuentra, como algunos todavía pretenden, en aquella fase de la historia en que la ciencia y la conciencia humana no eran capaces de responder a muchas cuestiones y, por tanto, la Iglesia debía desempeñar un papel de suplencia; ella tiene la función de iluminar a la humanidad con el Evangelio.



BSCAM

Iglesia y mundo

En los últimos 25 años se han verificado, en la sociedad y en las Iglesias del Occidente cristiano, transformaciones tales que constituyen problemas muy serios para la cristiandad occidental en la difusión del mensaje cristiano.

La expansión económica y científica ha seguido un ritmo vertiginoso. El modelo clásico de sociedad ha entrado en crisis. Con la rebelión del Tercer Mundo contra toda forma de neocolonialismo ha sido puesta en discusión la superioridad del Occidente. A la emancipación de la mujer, a la gran difusión de un nuevo modelo de cultura entre los jóvenes, y a los enormes problemas de orden económico, demográfico y ecológico, no pueden ser sordas las Iglesias.

En su interior están más vivas que nunca las esperanzas hacia una mayor participación de todos los



ANS

miembros en los dos momentos en que se elaboran y se toman las decisiones y hacia un diálogo real con las otras Iglesias y religiones.

El compromiso de las Iglesias a favor del hombre la obliga a defender sus derechos donde quiera que fueran violados.

En el continente sudamericano el episcopado, los teólogos y los hombres de Iglesia han hecho la opción

preferencial por los "pobres", entendidos en un sentido más amplio que la sola pobreza económica. Los "pobres" han comenzado en estos últimos años a participar realmente en la vida política y eclesial de los países latinoamericanos. De objeto de evangelización se han transformado en evangelizadores".

Diálogo

La *actitud de diálogo* nace del reconocimiento de la unión fundamental entre el orden de la creación y el de la redención.

La Iglesia reconoce plenamente la dignidad de la naturaleza humana y los derechos del hombre, defiende los valores auténticamente humanos y coopera con todos los hombres y mujeres de buena voluntad en la construcción de un mundo más humano.

Con esta actitud de diálogo, la Iglesia participa en la búsqueda común de soluciones a los graves problemas, que hoy angustian a la humanidad.

En esta colaboración la Iglesia no se propone como objetivo *sacralizar*, ni mucho menos *eclesializar* la sociedad civil, puesto que reconoce la autonomía que, por voluntad del Creador, tiene la realidad temporal.

Con su acción la Iglesia aporta el don inestimable de la luz del Evangelio, con que es capaz de pronunciar palabras de valor eterno, allí donde acaba la sabiduría humana.

Hoy la Iglesia sabe que el diálogo le es absolutamente necesario, como expresión de su misterio de comunión y de unidad en la diversidad, como signo legible de su compromiso de crear sinergia con las demás religiones, con las otras Iglesias cristianas, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, para colaborar en la construcción de la "civilización de la justicia, de la paz y del amor".



ANS

Esto lleva consigo el deber de repensar el contenido y el estilo del servicio pastoral.

Su contenido es anunciar a Jesucristo, ser signo de la nueva humanidad, colaborar en la transformación social con todos los promotores de bien, denunciar cuanto atenta a la dignidad de la persona humana.

Su estilo es el del respeto de la diversidad, sin pretensión de querer imponer nada a nadie, del diálogo abierto y honesto con todos, de la voluntad de servicio sin ceder a componendas.

El *mensaje de optimismo*, a su vez, parece encarnar el evangelio, tal como lo sintetiza magníficamente Juan: "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3,16).

Amar al mundo. Amar a la humanidad. Éste es, en efecto, el mensaje de optimismo que la "*Gaudium et Spes*" ha difundido en la Iglesia postconciliar y al que no ha permanecido indiferente la eclesiología postconciliar.

La Iglesia ha optado por la solidaridad total con la humanidad y con sus conquistas, ofreciendo el sentido último que éstas tienen en el plan divino del Creador.

La difusión de este mensaje ha constituido el compromiso principal de la Iglesia postconciliar a nivel universal y, sobre todo, a nivel de Iglesias del Tercer Mundo.

En tal compromiso han participado concordemente pastores, teólogos y simples fieles; las tensiones existentes no han puesto nunca en discusión esta colaboración fundamental; al contrario, han sido fuente de nuevas energías.

Fruto de estos procesos de diálogo y de optimismo es la formación de una nueva conciencia eclesial en las grandes masas de los cristianos, que ahora se sienten partícipes y, bajo algunos aspectos, protagonistas de La vida eclesial en sus comunidades. Además, el cristiano comienza a aprender a hacerse hombre con los hombres, sin renunciar por esto a su vocación divina.

Esto le exige armonizar el compromiso terreno con su destino ultraterreno.

Su fe cristiana le empuja a ponerse al servicio de los hombres y a ver en el más desheredado a un hermano que ayudar a liberarse de toda opresión y a vivir como hijo de Dios.



Encuentre este y otros artículos en:
www.boletinsalesiano.info

Presencia de la Iglesia en el mundo

La Iglesia es luz que ayuda a encontrar el designio de Dios sobre la humanidad y guía la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas.

Es fermento que colabora en la transformación profunda de la humanidad, inyectando en ella energías de bien.

Es fuerza solidaria en el compromiso de edificación de la sociedad actual.

Si es verdad que la Iglesia tiene necesidad de la humanidad, de la que forma parte y con la que comparte gozos y esperanzas, angustias y sufrimientos, es igualmente cierto que la huma-

nidad tiene necesidad de la Iglesia, llamada a ser en ella "sal de la tierra", "luz del mundo", "ciudad sobre el monte".

La Iglesia existe para ser signo del Reino de Dios.

Para hacer visible y creíble este signo, la Iglesia debe renovarse y convertirse, rejuvenecerse y purificarse.

Para ello debe profundizar sus opciones fundamentales: la pasión por Dios, que la libere de cualquier conformación con el

mundo en sus criterios, valores, actitudes, comportamientos; la fraternidad eclesial, de modo que pueda ser punto de referencia para el mundo y ser atrayente y convincente; el impulso misionero, que la ayude a vencer el miedo o la timidez de los discípulos reunidos con las puertas cerradas en el cenáculo, y la lleve a anunciar el Evangelio a todos; el compromiso de servir, desarrollando simpatía y solidaridad hacia todos; la opción por los pobres, que son su marchamo de identidad, calidad y fecundidad.



MPDGO



ANS

Una Iglesia Litúrgica

La Iglesia es una comunidad "litúrgica", que celebra su fe, hace crecer nuevos hijos e hijas por medio de la iniciación cristiana, lleva al creyente a la plena configuración con Cristo.

La liturgia es una verdadera escuela de santidad, porque transforma la existencia personal y comunitaria en oración.

Una Iglesia martirial

La Iglesia manifiesta una naturaleza "martirial", es decir, sabe dar razón de su fe, porque está llamada a ser testigo del Señor Crucificado y Resucitado.

Por esto, con frecuencia la Iglesia es una realidad *contracultural*, en sentido de ser portadora de un Evangelio que no coincide con la mentalidad del mundo.

En este su carácter paradójico, que aparece muy claro en el sermón de la llanura del evangelio de Lucas, reside precisamente su fuerza profética y su significatividad.

El valor de oponerse a la mentalidad común, de denunciar modos de obrar declarados pero no por eso menos injustos, comporta la soledad, el rechazo, en ciertos casos la persecución e incluso la muerte, como de hecho experimentan tantos hermanos y hermanas en diversas partes del mundo.

Estando a lo que dice Jesús en el sermón de la montaña, particularmente en las Bienaventuranzas, se podría afirmar que, cuando los creyentes no son perseguidos de alguna manera, despreciados, marginados, deben preguntarse si no habrán decaído en su misión profética.

Quien es cómplice de los pecados del mundo de hoy, quien no denuncia los problemas dramáticos que nos afligen y de los que nadie quiere hablar, corre el peligro de traicionar el Evangelio.

Una fe auténtica, en cambio, va siempre acompañada del martirio, del testimonio vivido en la cotidianidad, en el cumplimiento de los propios deberes, en el compromiso eclesial y social. No hay que olvidar que los mártires, de ayer y de hoy, los canonizados y los no reconocidos oficialmente, no son sólo gloria de la Iglesia, sino también son un punto de referencia para todos los creyentes, llamados a dar testimonio de la propia fe en cualquier circunstancia de la vida.



GAMBA

Al celebrar, debemos recuperar el sentido de la gratuidad y del misterio, las razones para la fiesta, la dimensión comunitaria.

Estamos invitados a dar a la liturgia el lugar que le corresponde como "fuente y culmen de la vida cristiana" (SC 10). En particular, en la *Eucaristía*, sacramento supremo del amor de Cristo y de la unión con Él, cada uno recibe a Cristo y Cristo recibe a cada uno.

Esto da a la *Eucaristía dominical* una importancia capital:

es un encuentro, que robustece nuestra conciencia de sabernos miembros de un pueblo que camina por el mundo con la mirada fija en el cielo.

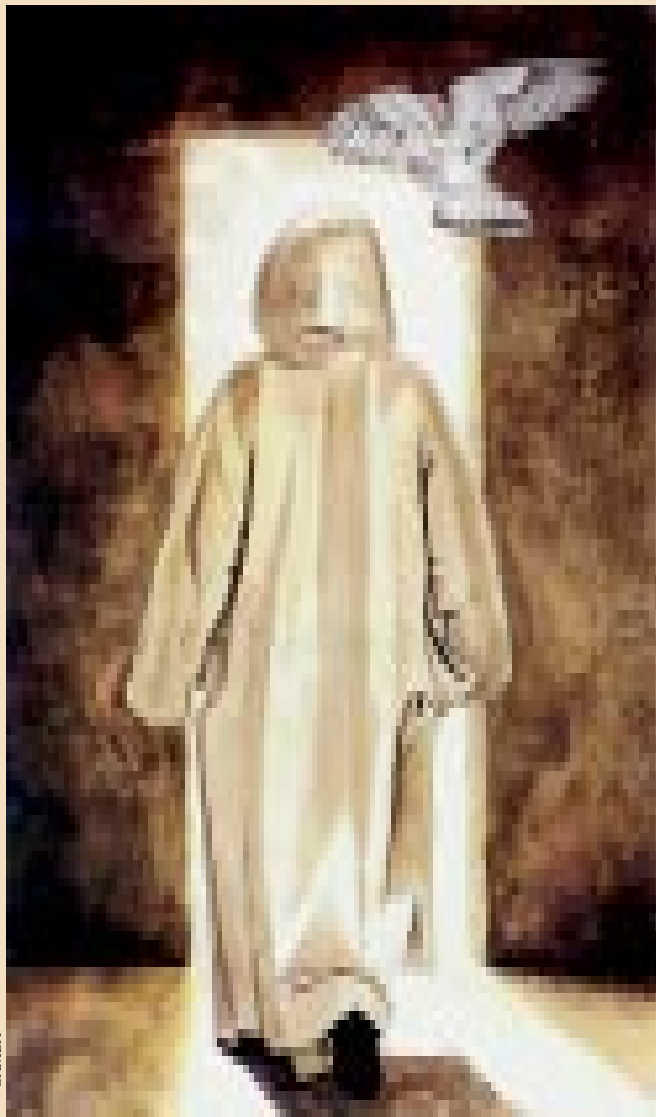
Participar en la celebración dominical significa asumir la vida de toda la semana para hacerla ofrenda a Dios y para testimoniar en la sociedad que para nosotros Dios es Dios

y que Jesucristo está vivo, operante en nuestra comunidad.

La fidelidad al mandato "*Hagan eso en memoria de mí*" (Lc 22, 19) se refiere al acto litúrgico, pero también al deber de actualizarlo y prolongarlo en la entrega de la propia vida por la salvación del mundo.



Este artículo en formato PDF en:
www.boletinsalesiano.info



Una Iglesia evangelizadora

El tercer elemento característico de la Iglesia se refiere a su fuerza evangelizadora y a la capacidad de anunciar a Cristo y su Evangelio. Tertuliano decía que *"Cristiano no se nace, se llega a serlo"*.

El objetivo es formar discípulos enamorados de Cristo e imitadores fieles del Señor Jesús, que saben que su vocación consiste en ser "sal de la tierra", "luz del mundo", "ciudad sobre el monte", en una palabra, hombres y mujeres que hacen del Evangelio su programa de vida y que son conscientes de la responsabilidad que tienen "delante de los hombres".

Para Jesús, el discípulo es tan necesario para el mundo como lo es la sal para conservar los alimentos o la luz para ver.

Existe el peligro de que el discípulo reniegue de su fe. En este caso, el dicho de Jesús sobre la sal manifiesta toda su fuerza, que podríamos expresar así: "Ustedes son mis discípulos; pero si el discípulo pierde su característica de discípulo, ¿quién podrá dársela de nuevo? No sirve ya de nada para el mundo. Es como un objeto que se puede tirar, para que sea pisoteado y despreciado por los hombres".

Signos

Signos privilegiados, que facilitan la adhesión de los jóvenes a la Iglesia:

- El signo de la acogida cordial y evangélica, que manifieste una actitud de apertura gratuita, de escucha incondicional, de voluntad sincera de servicio;
- El signo de la calidad humana y cristiana de los servicios de asistencia, educación, cuidado pastoral;
- El signo de la verdad de la vida litúrgica y de la oración de la comunidad cristiana, que se exprese en una celebración orante, participativa, cuidada, en sintonía con los problemas y las situaciones de la sociedad;
- El signo de los pastores que vivan una vida evangélica empapada de la pasión por Dios, con una capacidad de acogida y de sintonía con la gente, sobre todo, un compromiso sincero por la comunión.

Por medio de estos signos los jóvenes son introducidos en la experiencia de Iglesia y ayudados para abrirse a ella.

Una Iglesia diaconal

La Iglesia tiene una característica "diaconal". Sabe que su misión es servir al pueblo de Dios y al mundo. Esta misión no es exclusiva del Papa, de los obispos, sacerdotes, religiosos o seculares comprometidos, sino de todos los bautizados que, en razón de su Bautismo, comparten la misión de su Señor y Maestro. Esto requiere aprender a servir, estar atentos a las necesidades de los demás, dar siempre el primer paso para ir a su encuentro, asumir compromisos generosos, ser apóstoles.

Los cristianos están llamados a ayudar a los hombres a superar la desilusión y la apatía, a gozar de las realidades hermosas de la vida, a activar la capacidad de soñar un futuro a medida de hombre, a inventar nuevas relaciones entre personas y entre Estados, a respetar la naturaleza, a poner fin para siempre a la guerra. Tal vez también entre los creyentes se viva el escepticismo de quien no cree que un mundo alternativo al actual sea posible.

La Iglesia no puede desilusionar las esperanzas y las aspiraciones legítimas, especialmente las más profundas, de las poblaciones acomodadas o empobrecidas, familiares o saciadas, del Occidente o del Oriente, del Norte o del Sur.

Una Iglesia diaconal es solidaria con los más pobres, con los que no tienen ningún otro defensor que se preocupe de su causa, sino Dios.

Cuando la esperanza anima la vida de quien es pobre, Dios y el hombre ya se han encontrado, porque sólo con la ayuda de Dios el pobre puede esperar donde no hay futuro.

La esperanza de los pobres es ya fe que está presente y viva.

De esto también los profetas de hoy son conscientes.

Su misión es reconocer la fe de los pobres y testimoniar el evangelio de la absoluta solidaridad de Dios con ellos.



GAMBA

Tentaciones de hoy

- La tentación de plegarse sin discernimiento evangélico a los criterios, valores, actitudes y comportamientos de una sociedad que tiende a erigirse como ídolo seductor para los creyentes;

- La tentación del miedo que con frecuencia nos encierra entre los muros de la Iglesia, con una actitud de desconfianza e incluso de reivindicación delante de la sociedad;

- La tentación del individualismo y de la pasividad, del recurrir a los honores y al dinero, del miedo a quedar marginada con los marginados.

Sentido eclesial en Don Bosco

Don Bosco supo vivir la fidelidad al Señor Jesús, mientras experimentaba cotidianamente la dolorosa realidad eclesial de su tiempo.

Su sentido vivo de Iglesia fue principalmente una actitud y una experiencia de colaboración con todas las energías y recursos para su bien.

Don Bosco expresaba su amor a la Iglesia a través de un trinomio sencillo, pero profundo: amor hacia Jesucristo, presente principalmente en la Eucaristía, que es la acción principal de la Iglesia; *devoción a María*, Madre y Modelo de la Iglesia; *fidelidad al Papa*, Sucesor de Pedro y centro de unidad de la Iglesia.

Se trata de tres elementos inseparables entre sí, que se iluminan mutuamente y encuentran su convergencia en la persona de Cristo.

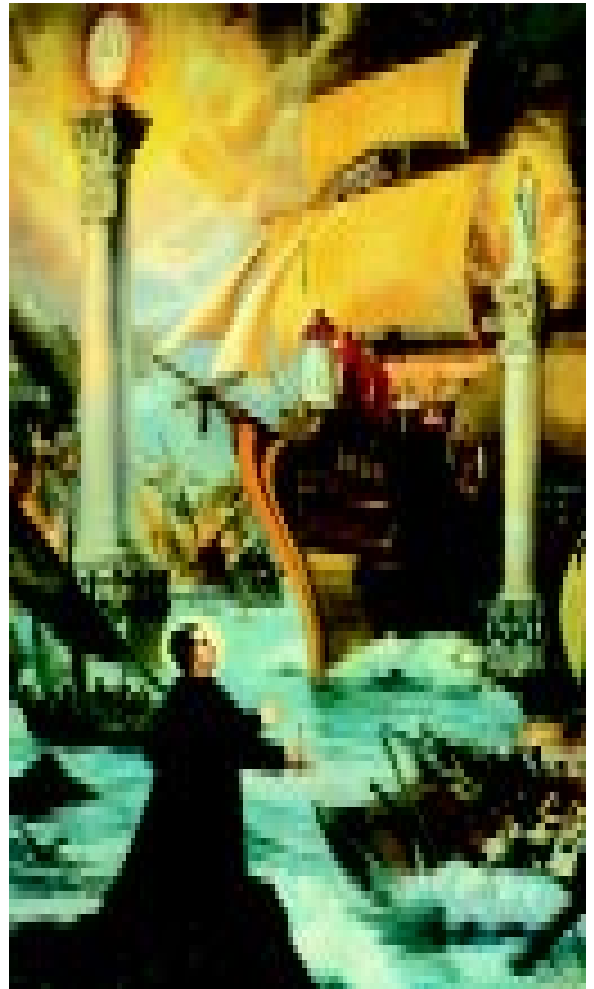
El sueño de Don Bosco, llamado "de las dos columnas", es una ejemplificación inmediata y sugestiva de estas fuerzas dinámicas, de los tres "amores" de Don Bosco, que edifican la Iglesia: Eucaristía, María, Pedro. La Iglesia de Don Bosco tiene una forma eucarística, una figura mariana, un fundamento petriño.

Este sentido de Iglesia se presenta de modo admirable en la fusión que Don Bosco hizo de los títulos de "Auxiliadora" y de "Madre de la Iglesia".

Don Bosco comprendió muy bien que la renovación de la Iglesia debía pasar a través de una madura piedad mariana, convencido de que se pierde el sentido de la Iglesia Madre donde se pierde el sentido de la vocación materna de María.

Esto nos hace entrever la estrecha relación que existe entre la Iglesia Madre y la evangelización, entre María, la Iglesia y la acción apostólica.

Esto significa que el "sentido de la Iglesia" debe traducirse cotidianamente en un profundo sentido de pertenencia y en un compromiso responsable como creyente.



Tradición salesiana

Hemos recibido de nuestro Padre Don Bosco una particular sensibilidad hacia la capacidad de la Iglesia para construir "la unidad y la comunión entre todas las fuerzas que trabajan por el Reino".

El espíritu salesiano nos constituye como centros de comunión de mu-

chas otras fuerzas y como constructores y promotores de la Iglesia entre los jóvenes.

Por esto debemos expresar y manifestar un amor singular a la Iglesia mediante una fidelidad dinámica y responsable a sus enseñanzas, un esfuerzo generoso de comunión y de

colaboración con todos sus miembros y, sobre todo, mediante un compromiso incondicional para abrir la Iglesia a los jóvenes y los jóvenes a la Iglesia, de modo que todos puedan encontrar en ella el rostro de Cristo y los tesoros de la Salvación.

Por una pedagogía del ser Iglesia y vivir con la Iglesia

La identificación con Cristo es siempre también una identificación con su Cuerpo, con su Iglesia, con los que pertenecen a ella.

Éste es un criterio de verificación de auténtica identidad cristiana. Pero, al mismo tiempo, la pertenencia a la Iglesia tiene sentido solamente como instrumento de pertenencia a Cristo; nuestro sí a ella es expresión de nuestro sí a Él.

Según el texto de Pablo a los Efesios, esa identificación se realiza por medio del bautismo y la vida sacramental, se codifica en la profesión de fe, se vive en la orientación de la vida cristiana, se expresa en la oración.

Cómo educar a los jóvenes a ser Iglesia y a vivir con la Iglesia.

En un mundo cada vez más plural, secularizado, relativista, la formación de los creyentes requiere un claro y significativo *testimonio de la comunidad cristiana*, de modo que pueda ofrecer a los jóvenes una imagen evangélica de la identidad de la Iglesia y de su misión en el mundo.



Ella pide también un *camino de fe*, en particular una sólida catequesis, que ayude a madurar su conciencia, de modo que puedan abrirse a todo lo que es humano, armonizar sus opciones con las de la madre Iglesia, dar testimonio de la propia fe, en una palabra, identificarse con Aquél que se ha identificado con nosotros, hasta hacernos hijos del Padre y hermanos de los hombres.

Somos conscientes de que el *testimonio de la comunidad* tiene una fuerza notable de credibilidad y de

apoyo; se educa en la fe con lo que se es y se vive, más que con lo que se dice y se enseña.

El camino de educación de los jóvenes para la Iglesia comienza con un compromiso sincero de la comunidad eclesial para profundizar sus opciones fundamentales, es decir, la pasión por Dios que la reúne por medio de Cristo en el Espíritu, la fraternidad entre todos los bautizados, la preocupación evangelizadora, la voluntad de servicio a la sociedad, la prioridad hacia los más pobres.

Salesianos en la Iglesia

Como Familia Salesiana, nosotros trabajamos con la Iglesia y por la Iglesia; tratamos de sintonizar con la Iglesia; pertenecemos a la Iglesia; vivimos en la Iglesia; somos Iglesia.

Podríamos expresar este sentido de Iglesia, que llevamos inscrito en nuestro carisma, con una doxología eclesiológica: *"Por la Iglesia, con la Iglesia, en la Iglesia, a Ti, Dios Padre omnipotente, por medio del Hijo, en el Espíritu, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos. Amen"*.



GAMBA

Camino de fe

Hacer conocer la Iglesia

Es preciso ayudar a los jóvenes a superar una imagen parcial de la Iglesia, muchas veces vista sólo en sus aspectos institucionales, como si fuese una organización social y política semejante a las demás, o bien identificada con la jerarquía, o, por el contrario, reducida a una realidad puramente espiritual, individual e ideal.

Hacer crecer el sentido de Iglesia

Se trata de desarrollar en los jóvenes el sentido de pertenencia a ella: nosotros pertenecemos a la Iglesia y ésta nos pertenece a nosotros. Hemos sido convocados por Jesús para formar su familia y para continuar juntos su misión en la historia. No puede darse una conciencia clara de la propia identidad cristiana sin el sentido vivo de pertenencia a la comunidad cristiana. Esto requiere también desarrollar actitudes de

apertura, diálogo y simpatía hacia el hombre.

Esto se aprende y se verifica en la vida familiar y social; la propia familia y los propios ámbitos de vida deben ser escuela y laboratorio de comunión. "Ser cristiano significa un *modo nuevo de ser hombre*; exige una conversión, exactamente la pedida por el Evangelio, por Cristo... En esta perspectiva la intervención del educador cristiano, del pastor de almas, mira a la formación de una cierta disposición de espíritu, que no es sólo conocimiento, sino que a éste se unen actitudes que incluyen la inclinación de la voluntad, de la emotividad, de la sensibilidad, de todo el hombre, hacia la integración entre un hecho de experiencia y un punto de referencia fijo o habitual; es la adhesión de fe al plan de amor y de salvación de Dios en Jesucristo".

Por esto, en el camino de educación en el sentido de Iglesia es importante formar la conciencia social de los jóvenes a través de la Doctrina social de la Iglesia, sea para aprender a vivir la dimensión social y política de la fe, sea para hacerse más solidario con los problemas que abruma la vida de tantos hombres y mujeres en el mundo, que viven en situaciones inhumanas, y para multiplicar voluntarios, apóstoles y misioneros.

Hacer experiencia de Iglesia

El sentido de Iglesia y de pertenencia no se crea de forma abstracta, sino a través de la experiencia de la vida cristiana en las diversas situaciones de la persona, comenzando por la familia, llamada con razón por Pablo VI la *Iglesia doméstica*, y continuando en la parroquia, en la que se realiza normalmente la experiencia de comunión de fe, de esperanza y de caridad. En nuestro caso, nosotros hacemos experiencia de Iglesia con los jóvenes en los diversos tipos de Comunidades Educativas

Pastorales, que deben ser signo de fe, escuela de fe, centro de comunión y participación, "hasta poder convertirse en una experiencia de Iglesia".

Esto requiere también resaltar los momentos de la vida eclesial, como son el bautismo, la catequesis, la participación en la Eucaristía, la escucha de la Palabra, el acercarse a la Reconciliación, los encuentros de grupos y de comunidades, los retiros y las celebraciones de los momentos fuertes del año litúrgico, los momentos de convivencia y de fraternidad, el contacto con la zona, etc. Nada se debe trivializar; todo puede y debe favorecer la maduración del sentido eclesial.

Hacer encontrar la vocación en la Iglesia

El camino de educación en la fe debe ayudar a pasar de las buenas disposiciones de ánimo a las convicciones sólidas, de éstas a las motivaciones capaces de atraer, luego a los proyectos de vida, finalmente a la entrega total a Dios y a los demás. He aquí lo que significa amar a la Iglesia y entregarse por ella. El amor a la Iglesia se manifiesta también en la capacidad de dejarse aferrar por Cristo, hasta el punto de renunciar a los propios intereses y proyectos y ponerse completamente a su disposición para continuar en la propia persona su obra de construcción del Reino. La adhesión a la Iglesia, hecha posible por el conocimiento de su realidad, desarrollada por un progresivo sentido de pertenencia a ella y acrecentada con concretas experiencias eclesiales, madura en el compromiso vocacional.



BSCAM

*"Cristo amó a **su Iglesia**
y se entregó a sí mismo por ella,
...para colocarla ante sí gloriosa,
sin mancha ni arruga
ni nada semejante,
sino santa e inmaculada"*

(Ef 5, 25-27).

Belleza de la Iglesia

La belleza del rostro de la Iglesia debe reflejar la belleza de su Señor, Cristo Crucificado y Resucitado.

Belleza del amor, que en la pasión nos revela el Señor Jesús, "el más bello de los hombres" (Sal 44,3), "despreciado y desechado por los hombres, hombre de dolores" (Is 53,3), con cuyas "llagas nosotros hemos sino curados" (Is 53,5c).

Es la belleza del amor, que en la resurrección es capaz de hacer rodar la piedra que cierra su tumba y sentarse sobre ella, con las vendas que envolvían al crucificado por el suelo y el sudario doblado en un lugar aparte, inaugurando así la nueva creación (Mc 16,2; Jn 20, 6-7).